

Yasmina Khadra

El escritor

Versión española de Santiago Martín Bermúdez

Alianza Editorial

Título original: *L'Écrivain*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Robert Laffont, S. A., París, 2001

© de la traducción: Santiago Martín Bermúdez, 2001

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91.393.88.88

ISBN: 84-206-4473-0

Depósito legal: M. 42.683-2001

Impreso en Clossas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarza

Paracuellos de Jarama (Madrid)

Printed in Spain

Índice

19	I. Las murallas de El Mechuar
21	1
37	2
51	3
67	4
87	5
105	6
129	II. La isla de Kolea
135	7
155	8
175	9
193	10
219	11
243	12

*A los cadetes,
con todo mi cariño.*

De mis errores, no estoy arrepentido. Mis alegrías no tienen ningún mérito. La Historia no tendrá otra edad que la de mis recuerdos, y la eternidad el engaño de mi letargo.

SID ALÍ, *Lo que sueñan los lobos*

Durante la noche había llovido, y el sol, aún titubeante, fertilizaba las huertas al tratar de salir. Era una mañana idéntica a las anteriores, casi tan primitiva como un surco de labranza. Se dispersaba la bruma a través de la colina, semejante a una escuadra de fantasmas que se batieran en retirada ante el avance del día. Se despertaba el mundo con el piar de los pájaros y el crujir de las hojas muertas, que se agarraban al pie de los árboles como si se negaran a que las *deportara* el viento. Aquí y allá se veían chozas que agitaban pálidos fulares por encima de las chimeneas, como si nos dijeran adiós. Miraba yo el cielo que ya renunciaba a sus estrellas, los senderos que pulían sus roderas, la montaña, allá en el quinto infierno, que se velaba el rostro tras el gris; miraba el vaho que transpiraba por los cristales y que hinchaba de hematomas mi reflejo. Ya podía, con los ojos, suspenderme de los cipreses, de los cerros, de los ríos, de los puentes, de las cercas, que no por eso *dejaban* de alejarse. Los ojos no sólo retienen lágrimas...

Hacía más de una hora que habíamos salido de Orán, y por una vez no le temblaron los labios a mi padre. Aquella

mañana de otoño de 1964, mientras el Peugeot emitía sonidos guturales por las espantosas carreteras de Tlemcen, él conducía en silencio, la nuca rígida, el gesto maquinal. Mi padre callaba así cuando se sentía desdichado. Se le oscurecía la cara como a un embalse al paso de una nube. Cuando se replegaba sobre sí mismo, su mundo se cubría de penumbra. Situarlo se hacía imposible.

Normalmente sabía inventar alguna que otra pantomima para hacerme estallar en carcajadas, pues mi risa resonaba en él como el canto de una cascada, le refrescaba los humores y le fustigaba el ego con un agua lustral.

Yo era *su* orgullo.

Me quería hasta perder la razón.

Estoy convencido de que me ha querido por encima de todo.

Estábamos muy unidos. Cuando se iba a trabajar, yo le echaba de menos; cuando volvía, se apresuraba a saltarme encima y me molía a golpes cariñosos con una felicidad tal que yo me daba perfecta cuenta de hasta qué punto debía de languidecer sin mí cuando yo le volvía la espalda...

Yo le quería tanto como él me quería a mí. Alzar la vista hacia él era algo sublime. Apoyado en su bastón, cojeaba debido a una bala en la rodilla. Para mí, aquello era afectación. Era el más guapo de los hombres y me parecía tan alto que a veces creía que era Dios...

Entonces, ¿por qué me llevaba tan lejos de su felicidad?

Cada vez que su mirada se posaba en mí, volvía a retirarla. Adivinaba yo que estaba en un tris de dar media vuelta para llevarme de nuevo *a casa*. Sus manos, al oprimir el volante, delataban la batalla que se libraba en su interior, la in-

certidumbre que le atormentaba con la terquedad de un caso de conciencia. Y sin embargo debería haber estado contento: me llevaba a la escuela de cadetes, un colegio prestigioso que dispensaba la mejor educación y la mejor formación, donde harían de mí un futuro oficial, un gran conductor de tropas y, por qué no, un señor de la guerra y un héroe...

En el asiento de atrás iba dormido mi primito Kader, abatido por las curvas interminables que se contorsionaban en mitad de las viñas y los cerros. A lo lejos, dos pastores habían encendido un fuego para pasar la noche al raso. En cuclillas, tendían sus palmas a las brasas de la hoguera. Más abajo, allá donde nacía la llanura, huía un caballo perseguido por tres perros famélicos cuyos ladridos rebotaban en el talud antes de que los ahogara el zumbido del Peugeot. En cuanto a mí, tenía la sensación de que me achicaba en mi flamante traje nuevo, comprado el día anterior en una tienda de lujo de la calle Arzew... Tenía exactamente nueve años, y bastante intuición para presentir que los días siguientes no se iban a parecer en nada a los anteriores.

La aldea de Bensekrane atravesó mi desconcierto a la velocidad de un fuego fatuo. Apenas tuve tiempo de entrever a unos campesinos, sentados alrededor de un puestecillo, cuando surgieron de nuevo las colinas forunculosas, la prostración de los árboles, el retorcimiento de las curvas que le arrancaba a los neumáticos del coche unos estertores desatinados. Delante de mí, la radio parecía enojada en su mutismo deletéreo. Mientras que ayer mismo, cuando mi padre me paseaba por las arterias de Choupot, no paraba de escupir canciones orientales. Mi padre tenía la costumbre de en-

cender la radio antes de poner el motor en marcha. Perseguía los informativos, acechaba los *sketch* de Bou Bagra, entraba en trance cuando salía Dalida cantando *Ya Mustafá*. Era un hombre de ruido y de piruetas, capaz de partirse de risa hasta en un funeral. Al hacerle adquirir conciencia de su finitud, la guerra le hizo descubrir, sobre todo, el alcance de su suerte. *Había salido de ella* sano y salvo y estaba decidido a engullirse la vida con la voracidad de los que se han curado milagrosamente.

Aquel día arrancó sin echarle ni una mirada a la radio.

Tenía la cabeza en otra parte.

En un momento su mano dejó el cambio de marchas y se acercó a mi rodilla. Se lo pensó dos veces antes de aventurar un golpecito en mi muslo; un golpe imperceptible, confuso al no poder rezagarse allí donde sin duda iba a consolarme.

—Te mimamos demasiado —me reprochaba mi madre—. No habrá manera de hacer carrera de ti, *aquí*. Ya ni sabes dónde está tu colegio, siempre estás abstraído, en las nubes. Además, fumas a escondidas. No te molestes en mentir, he descubierto un cigarrillo en tu cartera. Date por contento de que no me haya chivado a tu padre. Te habría desollado vivo.

Me habría dado un tirón de orejas. Sólo eso.

Sólo una vez me dio una bofetada. En Casablanca. Yo había ido al acantilado a contemplar el océano. Sin decirle nada a nadie. Me buscó por todas partes hasta poner todo el barrio en pie de guerra. Por la tarde, cuando volví, lo encontré delante de la casa, lívido, loco de angustia. La mano se adelantó al alivio. No lloré. Me cogió en sus brazos y fue él quien se echó a llorar sobre mi pelo.

Nunca más me levantaría la mano.

Si tuviera que ponerle rostro a la emoción, sería sin discusión el de mi padre. Y eso vale también para el infortunio. Mi padre tenía el don de no forzarle la mano a la suerte más que para dejar que se le escapara tontamente entre los dedos.

Era un gran perdedor.

I

Las murallas de El Mechuar

Y mañana, ¿qué le aportará el mañana al perro sagaz que entierra sin traza los huesos en la arena mientras sigue a los peregrinos hacia la ciudad santa?

KHALIL GIBRAN, *El profeta*

Mi padre no nos acompañó a la escuela de El Mechuar. Apenas atravesamos las primeras callejas de Tlemcen se le aflojó la rigidez y empezó a comportarse con nerviosismo. Empezó a echar pestes contra los peatones, a acosar a otros automovilistas, las comisuras de los labios de pronto efervescentes de secreciones blancuzcas. Algo se había roto en él y los despojos se habían llevado la compostura tras la que intentaba ocultar sus resquicios. Mi padre cuidaba las apariencias debido a una infancia desdichada. Fue él quien me enseñó a no tomar el buen humor por moneda de curso legal, pues a menudo, al sonar falsa, la risa salía a carcajadas para despistar.

En el asiento de atrás, mi primo se frotaba los ojos. Preguntó dónde estábamos y no consiguió más que un gruñido. El coche sorteó varias callejuelas que bullían de curiosos y se detuvo por fin ante un inmueble macizo y sucio. El sargento Kerzaz nos recibió en el rellano, cambió un fuerte apretón de manos con mi padre y nos invitó a entrar en su piso. A mi primo y a mí nos instalaron ante una mesa pe-

queña en la que nos esperaba la comida: ensalada, jarrita de agua y una sopera llena de un espeso adobo cuyo aroma disuadió en el acto nuestro apetito. Mi padre prefirió discutir con el sargento en el vestíbulo. Su sombra describía contra la pared unos movimientos azorados. Hablaba en voz baja. El sargento nos daba la espalda. Asentía con la cabeza y repetía: «Sí, mi teniente». Al cabo de una sumaria y sorda charla, la puerta chirrió y se volvió a cerrar con suavidad. El sargento volvió con nosotros, inexpresivo el rostro. «Comed deprisa —dijo—. Hay que llegar a la hora.» Me volví a un lado para ver si mi padre estaba todavía allí. No había nadie en el vestíbulo. Se había marchado de puntillas. Sin darnos un beso siquiera. A mí me habría gustado tan sólo que me hablara un momento, con sus manos sólidamente posadas sobre mis hombros, o que me revolviera el pelo mirándome a los ojos. Con eso no me habría reconfortado, pero tal vez me habría servido de consuelo una pequeña sonrisa ante una separación que tenía algo de ruptura y de acuartelamiento a la vez.

El sargento Kerzaz era un hombre apresurado. En un santiamén se puso la zamarra, se encerró las botas y nos dijo que le siguiéramos. Ni Kader ni yo habíamos tenido tiempo, y mucho menos valor, para tocar ni un pedazo. Le pisábamos los talones en silencio, obligados a ir deprisa para alcanzarle. Originario del Gran Sur, nuestro guía caminaba muy rápido, como todos los hombres del desierto. Al cabo de unas cuantas callejuelas nos dimos cuenta de que corríamos tras él. Ni una sola vez se volvió hacia nosotros. Se limitaba a alargar sus zancadas, arqueado de hombros e impenetrable el rostro. A nuestro alrededor la gente se afanaba en sus ocupaciones en un carrusel caótico. Los puestos de los vendedo-

res ambulantes eran asaltados por mujeres con velo y campesinos con turbante. Al conjugarse con el vociferar de los críos, el grito de los tenderos le confería al mercado la alegría de una verbena. Un calor sin excesos embalsamaba aquello en un abrazo tan afectuoso que parecía humano. Parecía primavera. Era un hermoso día para ponerse a saltar. El sargento Kerzaz, por su parte, se pretendía ajeno al alborozo de alrededor. Se lanzaba por los huecos del barullo, impasible, como con desgana. En una plazoleta, una banda de chavales maltrataba un balón de trapo en medio de un clamor cristalino. Jugaban de firme al acercarse a los objetivos contrarios, se magullaban la tibia en sus regateos histéricos, liberaban su explosiva alegría cuando una finta despistaba a un adversario o cuando un disparo daba en el blanco. Sin darme cuenta, me detuve para presenciar el partido aquel. «Vamos a llegar tarde», me recordó el sargento continuando su camino. Mi primo tuvo que tirarme del brazo para volverme en mí. Fue como si me arrancara de un sueño maravilloso. Le rechacé de mala manera, molesto por aquel ademán inoportunos. El deseo de volver grupas y perderme entre la multitud cañoneaba dentro de mí. Yo quería volver con mi madre, recuperar mis pequeñas costumbres, mis vecinos y mis amigos. El sargento volvió sobre sus pasos de mala gana. Su mano se cerró con brusquedad alrededor de mi muñeca. Con una sacudida, me zarandeó de la cabeza a los pies y me arrastró hasta el portal de hierro de una gigantesca fortaleza con murallas sobrealzadas tapizadas de hiedra. Dos soldados de guardia nos franquearon una puertecilla que se abría en el portal mismo, intercambiaron visajes con el sargento y nos ignoraron. Al volverme, vi que el portal se cerraba de

nuevo inexorablemente sobre los edificios, los coches, la gente y el ruido; algo me indicó que el mundo exterior que desaparecía así ante mi vista me hacía desaparecer también a mí; que, arbitrariamente, acababa de pasar una página para siempre. Me sentía tan desamparado que tuve un sobresalto cuando el soldado echó otra vez el cerrojo.

Remontamos una pista bordeada por ambas partes de unas casuchas vetustas y esmirriadas. Las tejas estropeadas, el techo hundido en algunas partes, las hoscas ventanas y también la fachada, de una blancura traumatizante, todo aquello me desorientaba ya lo bastante. Los individuos que deambulaban aquí y allá, unos con unas blusas descoloridas, otros en uniforme de combate, no se parecían en nada a la gente que vivía en mi barrio de Orán. Parecían preocupados o enojados, se desplazaban sin deshacerse de su mohín opresivo y ni siquiera se saludaban entre sí. Sólo un cabo barrigón, con el cinturón en la mano, despoticaba junto a un grupo de presos, identificables por el desaliño del uniforme y la cabeza rasurada. Se dedicaban éstos a una tarea muy propia de allí: recogían los detritus con las manos y los echaban a continuación en una quejumbrosa carretilla que uno de los detenidos, enclenque y calenturiento, se esforzaba en empujar por aquel suelo abrupto. Más allá, desembocamos en un inmenso patio enmarcado por plátanos colosales. Allí desfilaban unos chiquillos ceñidos en túnicas verdosas. Todos llevaban boinas, pero no el mismo calzado. Unos llevaban zapatos bajos, otros botas de marcha. Clasificados en tres pelotones, marchaban al paso, cortando la cadencia con los brazos, rígida la espalda y alto el mentón. Frente al contingente, erigido sobre una losa, un viejo ayudante en jefe

marcaba el compás a gritos, la mirada al acecho de la menor maniobra falsa, fulminante en maldiciones. Al vernos llegar, le encargó a un subordinado que prosiguiera la formación del desfile, saltó a tierra y vino en busca nuestra. Me quedé estupefacto cuando, al llegar a nuestra altura, sacó una prótesis dental del bolsillo y se la puso en la boca. Se secó los labios con el dorso de la mano, nos miró de hito en hito a mi primo y a mí, y le preguntó al sargento si éramos nosotros los hijos del teniente Hadj. El sargento asintió.

—Los esperaba por la mañana, pero bueno. Les enseñas sus camas, y que descansen. A estas horas, el peluquero está ocupado. Que se queden con los nuevos reclutas. Mañana, que se pasen por la afeitadora, y luego a la ducha. Todavía no hemos recibido ropa nueva. Que se queden con sus efectos personales hasta nueva orden.

—Bien, señor.

El viejo ayudante en jefe nos sonrió pero se abstuvo de esbozar cualquier gesto afable hacia nosotros. Era pequeño y vivaz, el rostro cetrino y demacrado, arrugado por el monte. Parecía flotar en su guerrera, pero se le adivinaba implacable, de una energía a toda prueba. Antes de volver al acoso de sus pelotones se quitó la dentadura y la volvió a meter en el bolsillo. Se le hundió la boca con tal desolación que temblé.

El sargento nos llevó al inmueble que dominaba el patio escolar, un edificio desconchado y repugnante, de unos cien metros de ancho. Se entraba en él por una puerta estrecha que daba a un largo corredor exiguo, sin iluminación y que apestaba a orines. En la planta baja estaban las clases, que tenían dispuestas mesas y bancos. En las paredes, de un gris desconcertante, unos grabados deteriorados representaban